consonni

Giovana Madalosso

Suite Tokio

PRÓLOGO
Elena Medel

TRADUCCIÓN
Diego Cepeda

«Con una prosa descarnada y magnética, *Suite Tokio* hilvana apegos y desapegos, necesidades y deseos, decisiones y errores, y lo hace sin concesiones ni complacencia. El eco de las voces de Maju y Fernanda resuenan tiempo después de terminar la lectura». **—Sara Morante**

«Tensa, contenida... Leer *Suite Tokio* calmó mi necesidad de historias sobre la lucha de clases. Afilada y ahumada, para ser inhalada más que devorada, es una novela para la mujer trabajadora, en todos los sentidos de esa frase redundante». **—Alexandra Jacobs, *The New York Times Book Review***

«Una novela psicológica amarga y amorosa, demoledora, llena de suspense y ternura sobre la clase social, el género, la maternidad y la naturaleza, tanto interna como externa». ***—Booklist***

«Moderna, fragmentada, vívida... Una mirada atmosférica e idiosincrática a las vidas femeninas contemporáneas». ***—Kirkus Reviews***

«*Suite Tokio* explora lo que significa buscarse a una misma, a veces mediante caminos poco agradables, y examina también qué estamos dispuestas a arriesgar para descubrir quiénes somos realmente».
—Under the Radar

«Giovana Madalosso sigue el camino de Rachel Cusk y Olga Tokarczuk, llevando a sus personajes al límite con una honestidad brutal».
—Suplemento Pernambuco

«Llena de suspense, absorbente y con un humor oscuro... Una exploración impactante de la maternidad, la desigualdad social y la identidad personal». ***—Bookster***

«La escritura de Giovana Madalosso es fluida, creativa, elegante y poderosa. Esta es una historia fascinante sobre la maternidad, protagonizada por dos mujeres inolvidables que enfrentan desafíos personales y sociales muy complejos». ***—Mãe Literatura***

«Una historia atrapante sobre personas que aparentan tener sus vidas en orden, pero que esconden insatisfacciones, deseos reprimidos y miedos. Un acto impulsivo lo desestabiliza todo y saca a la luz verdades ocultas». ***—Conteúdo Raízes***

Suite Tokio

Giovana Madalosso nació en Brasil, en 1975. Es autora del libro de cuentos *A teta racional*, de *Tudo pode ser roubado*, elegido mejor novela por el Premio Manuel de Boaventura (Portugal), de *Suíte Tokyo*, finalista del Premio Jabuti, publicado en varios países y recomendado por *The New York Times*, y de la recién publicada *Batida só*. También es una de las impulsoras del movimiento «Um grande dia para as escritoras», que registró en fotografías a 2.302 escritoras en más de 50 ciudades de Brasil y del mundo.

Fotografía: © Renato Parada

Suite Tokio

Giovana Madalosso
Traducción de Diego Cepeda

consonni

Autoría **Giovana Madalosso**
Traducción del portugués de Brasil **Diego Cepeda**
Prólogo **Elena Medel**
Corrección **Gemma Deza Guil** y **Sonia Berger**
Diseño de colección y maquetación **Rosa Llop**
Imagen de cubierta **Sara Morante**
Impresión en Galiza **Cosmos Gráfico**

Edición **consonni**
C/ Conde Mirasol 13-LJ1D
48003 Bilbao
www.consonni.org

Primera edición en consonni:
septiembre de 2025, Bilbao

ISBN: 978-84-19490-48-3
Depósito legal: BI 00875-2025

Edición original en portugués: *Suíte Tóquio*, Todavia livros, 2020
© Giovana Madalosso, 2020 c/o Agência Literária Riff Ltda
© de la traducción, Diego Cepeda, 2021
© del prólogo, Elena Medel, 2025
© de la imagen de cubierta, Sara Morante, 2025
© de esta edición, consonni ediciones, 2025

Esta obra ha recibido una ayuda a la producción editorial literaria del Departamento de Cultura y Política Lingüística del Gobierno Vasco.

consonni es una editorial interdependiente con un espacio cultural en el barrio bilbaíno de San Francisco. Desde 1996 producimos cultura crítica y en la actualidad apostamos por la palabra escrita y también susurrada, oída, silenciada, declamada; la palabra hecha acción, hecha cuerpo. Ambicionamos afectar el mundo que habitamos y afectarnos por él. Escrito en minúscula y en constante mutación, consonni es una criatura andrógina y policéfala, con los feminismos y la escucha como superpoderes. Nos la jugamos en las distancias cortas.

FSC
www.fsc.org
MIXTO
Papel | Apoyando la silvicultura responsable
FSC® C214621

Para Carlos y Neuza

Todo amor es un sacrificio.
–Arnon Grunberg

I

Estoy raptando a una niña. Intento apartar ese pensamiento, pero persiste mientras bajamos por el ascensor, saludamos a Chico, salimos por la verja. Son cosas que hacemos todos los días, bajar, saludar a Chico, salir por la verja, caminar pisando solo los baldosines negros o blancos de la acera, pero hoy es distinto aunque realmente no haga nada distinto, porque tengo la sensación de que el ejército blanco me mira. Fue cosa de doña Fernanda, inventar ese nombre, ejército blanco. Y hasta tiene razón, sí, somos un ejército, aún más a esa hora de la mañana, cuando todas llegan a la plaza con sus uniformes blancos cargando bebés o niños y entonces conversan empujando cochecitos y columpios con bebés o niños. Un mundo que hasta ayer era mi mundo pero que ahora parece mirarme con desconfianza. ¿Me habré vuelto loca? Dime, Virgencita, ¿me he vuelto loca? No lo sé, pero por si acaso aprieto el paso, vamos, Corinha, luego juegas

a pisar solo los baldosines blancos. Y no cruzo la plaza como haría normalmente, me alejo por la acera lateral. Pero justo ahí el ejército me ve, me encuentro con la nana de la casa vecina, tengo la impresión de que mira mi bolso, en realidad una mochila mucho más grande que el bolsito que llevo todos los días, una mochila enorme, bien agarrada bajo mi brazo, que aprieto a ver si se achica. No le hablo y seguimos caminando hasta que Cora dice: Maju, tu mano está rara, y me suelta los dedos, tal vez para librarse del sudor. Cuando la veo, está agachada, recogiendo del suelo una camelia marchita. Nunca he visto una niña a la que le gusten tanto las flores. Me parece bien una niña a la que le gusten tanto las flores. Por eso no suelo apresurarla como hacen tantas nanas por ahí con sus niños, dejo que Cora huela un jardín entero si lo desea, y además le cargo ese petalerío en mis bolsillos. Una vez olvidé sacarlos del pantalón y lo metí a lavadora y fue lindo verlos, todas las flores girando y centrifugando ahí dentro, pero hoy no se puede, Picochuca, hoy no se puede, y ni siquiera le paso un pañuelo humedecido por la mano como haría normalmente para quitarle los microbios, solo atraigo sus deditos hacia mí, sintiendo nostalgia del vacío de Mandaguaçu, de ese gran descampado de Mandaguaçu, porque aquí en São Paulo no hay un minuto en que alguien no te mire. Como esos taxistas, metiéndose en la vida ajena. Los conozco a todos, solo tomamos el taxi con ellos, gente de confianza del señor Cacá y doña Fernanda. Y justo porque son gente de confianza de ellos, me alejo. Me alejo y subimos por la avenida Angélica. Subimos a un autobús. A Cora le extraña, ¿no vamos en taxi, Maju?, pero también le encanta la novedad, es la primera vez que sube a un bus de línea, me pide sentarse en el asiento del frente, aplasta la nariz contra el vidrio.

La estación no está tan lejos, llegamos en media hora. Miro alrededor para ver si no hay algún conocido cerca, claro que no hay ningún conocido cerca, aun así me apresuro. Meto a Cora

en el ascensor, la pobre aplastada entre todo el maleterío, nunca he visto gente que lleve tantas bolsas, los plásticos estallan y le indican hasta a un ciego que el lugar está lleno de pobres. Al menos las puertas se abren pronto, salgo con mi Picochuca, caminamos por un andén desde el que vemos otros andenes, ese montón de gente moviéndose, escaleras mecánicas que suben y bajan, carteles con información, taquillas con colas, tiendas con ofertas. Cora para y se queda así un tiempo, yo tiro de ella, pero no viene. Me agacho para ver qué pasa. Maju, ¿por qué mis ojos son tan pequeños y veo un mundo tan grande?

2

Oigo el móvil sonar, pero decido no contestar. Yara y yo ahora estamos boca arriba después de un largo hoka-hoka. No fui yo la que se inventó el término, fue ella la que me lo contó y luego me mostró el vídeo de las simias bonobos frotando sus órganos genitales unas con otras, actividad que alguien del norte de África decidió bautizar con ese nombre algo cómico, algo sonoro. El presentador del vídeo decía que las bonobos prefieren tener sexo entre ellas que con los machos; los biólogos lo saben porque durante el hoka-hoka las bonobos miran más a los ojos de sus compañeras, se mueven con más emoción. Yara dijo que el presentador tenía razón, ella había visto dos bonobos follando, trajinando con pasión mientras estaba en la Cuenca del Congo. Y realmente trajinaban, no se apareaban como otros animales, porque lo que ellas hacían era una transacción, un intercambio

de afectos. Recuerdo pensar que lo que define el verbo no es el sujeto, sino el objeto. Ya me he apareado con algunas personas, pero solo me la he trajinado a ella.

La transacción no siempre es justa. Siempre recibo menos de lo que entrego. Dividendos de la pasión. Nada que atenúe mi forma de verla a ella. Me encantan las cosas banales, como la manera en que sostiene el porro. Incluso su charla diluida por la hierba, que irritaría a cualquiera en estado normal de cordura, me alucina. Me gusta verla nadar a contracorriente de la productividad, haciendo lo opuesto de lo que hago en mi trabajo. Si yo comprimo historias en bloques de diez minutos, en series de ocho episodios, ella transforma las suyas en odiseas, como si realmente viviera en el mundo que tanto ama, regido por los ciclos de la naturaleza y no por las demandas urgentes del dios Smartphone. Esto, y sus senos levemente caídos, como sus párpados ahora levemente caídos, me hacen arrancarle el porro de la mano y besarla.

Suena el móvil. Lo miro de reojo, es mi marido. Silencio el aparato. Comienzo a frotar mis órganos genitales con los de ella, mientras centenas de otros primates conducen allí fuera, con sus rabos peludos en el asiento y el pulgar oponible en el claxon, haciendo susurrar esa selva que nos rodea. Cuando nos volvemos a acostar boca arriba, tengo siete llamadas perdidas en el teléfono.

3

Faltan diez para las doce en el reloj de la puerta de embarque. Saco la autorización que guardé en el libro con cuidado para no arrugarla y pienso que aún puedo regresar, mientras el bus no arranque todavía soy dueña de mis piernas, pero al ver el papel recuerdo que no tendré otra oportunidad como esta y sigo adelante.

¿Adónde vamos?, dice Cora. Creo que es la primera vez que ignoro una pregunta de ella, ocupada como estoy separando los documentos y el pasaje, releyendo la autorización. El señor Cacá fue quien la hizo, firma autenticada en notaría, para que yo acompañara a la menor Cora de Azevedo Cunha a la casa de sus abuelos en Río de Janeiro, un viaje que al fin no se hizo pero que me dio la idea de usar la autorización, válida por treinta días. Y como es hoy o nunca, vamos, mujer, coraje, fíjate que el conductor ni mira a la cara a las personas, le interesa que todo el mundo suba rápido, aquí fuera no cabe ni un alfiler, y hay gente

maleducada que solo… ¿No ve a la niña?, le digo a una chica que casi pasa encima de Cora. Para evitar otro tropiezo alzo a Picochuca en brazos, ven con Maju. Ella mira encantada hacia lo alto, hacia el bus de dos pisos. ¿Vamos a ir en ese de ahí? Le digo que sí y le doy un beso, un miedo se apodera de mí, me suda la mano de nuevo, ¿verá el conductor la mano sudorosa que le entrega los documentos? Me imagino a Nuestra Señora Aparecida y, cuando me fijo, él ya está leyendo la autorización. Confirma mi identidad y se ajusta la corbata amarilla, no sé por qué lo hace, ajustarse la corbata, y dice: buen viaje.

Siento mis hombros caer como la maleta que cae sobre el asiento. Comienzo a arreglar nuestras cosas, a tomar lo que necesito, a poner el resto en el maletero. Cora me pincha el brazo, señala la escalera y dice que quiere viajar en el piso de arriba. Me agacho y le explico que no podemos. Maju compró los mejores asientos. ¿Ves ese asiento? Se vuelve una cama. Allá arriba no, allá arriba los asientos son estrechos, no se inclinan, no son para una niña como tú. Quiero ir arriba, repite ella, y al ver que no me muevo, que seguiremos donde estamos, hace pucheros y comienza a llorar. Conozco a Cora, no es de las que hace pataletas, si llora de esa manera es porque de verdad quiere ir arriba, y pienso en llevarla, pero tal vez sea aún peor, porque luego se encaprichará con que nos sentemos en los asientos convencionales. Me quedo de pie, el llanto crece al igual que mis nervios, porque claro que todo el mundo comienza a mirarnos, es justo lo que yo no quería, llamar la atención. Ya veo en el telediario a un pasajero decir: las recuerdo a ambas porque la niña lloró, la niña no quería irse con ella, y para acabar de una vez con cualquier posibilidad de ese tipo y para calmar a Cora la consuelo, le acaricio el cabello, pero, en vez de parar, el llanto aumenta, casi se rasga la boca por la mitad. La pareja sentada frente a nosotras nos mira molesta, anticipando el viaje infernal que tendrán, y yo

solo repito: calma, Corinha, dejaré que te sientes en la ventanilla, pero a ella no le importa e insiste: quiero ir arriba, y parece que escuchar la propia voz aumenta su dolor, porque ahora el llanto es aún más amenazante. Qué nostalgia de la época en que usaba chupete, todos deberíamos cargar la vida entera un chupete en el bolso, nadie necesitaría cigarrillos ni calmantes ni uñas, ella ahora chuparía el suyo y yo el mío, los otros pasajeros chuparían los suyos, todos de vuelta al reino del tete. La palabra tete me recuerda otra cosa. El peluche, claro. La oveja que ahora saco de la bolsa y le entrego a Cora, que pongo en sus brazos y, para mi sorpresa, empeora aún más la situación. Cora mira a su compañera y patalea: Bibi y yo queremos ir arriba. Normalmente la dejaría llorar hasta el cansancio, es lo que se debe hacer para educar a la niña, pero hoy no puedo. Comienzo a revolver el bolso, pesco un sobrecito de sal, uno de pimienta negra, cuatro palillos y, al fin, un paquetito de azúcar. Quisiera que Neide estuviera aquí para ver lo que voy a hacer, ella, que dice que juntar esas cosas por ahí es una manía de gente humilde, de quien no tiene dónde caerse muerta. Mira, Neide, mira si es inútil, digo mientras tomo un vaso de agua y le echo el azúcar. Luego se lo entrego a Cora y como la conozco bien, le digo: bebe, Picochuca, pero déjale un poquito a Bibi. Cuidadosa, ella va dejando de llorar, atenta a la cantidad de agua que debe reservar para su oveja. Siento mi respiración calmarse junto a la de ella, felicito a Cora y a Bibi por haberse tomado toda el agua y guardo el vaso, el resto de agua que acusa a la oveja y su panza de no existir en realidad. Enseguida ajusto a Cora en el asiento, le pongo una almohada detrás de la cabeza, la mantita bien estirada sobre las piernas. Ella mira afuera. ¿Adónde vamos, Maju? No puedo decir el nombre de la ciudad, no cerca de los otros pasajeros, y a ella en realidad tampoco le importa, y digo lo que sé que quiere oír: a un lugar bonito. Un lugar lleno de bichitos que trabajan de noche.

Traducción

Diego Cepeda (Bogotá, 1994) es editor y traductor. Es fundador de Ediciones Vestigio, una editorial de poesía portuguesa y literatura weird. Se especializa en traducción de literatura lusófona y ha traducido, entre otros, *Humus*, de Raul Brandão, *historia natural*, de Marília Garcia, y *El padre de la niña muerta*, de Tiago Ferro. Actualmente desarrolla una investigación doctoral acerca de teoría ficción y literatura experimental latinoamericana en la Universidad de Cornell.

Imagen de cubierta

Sara Morante ha ilustrado novelas, cuentos, poemarios y ensayos de Virginia Woolf, Sylvia Plath y Federico García Lorca, entre otros; es autora de más de sesenta cubiertas de libros. Premio Euskadi de Ilustración 2012 y Premio Nacional de Arte Joven del Gobierno de Cantabria 2008. Como escritora, ha publicado *La vida de las paredes* (Lumen, 2015) y *Flor fané* (Astiberri, 2021).

Prólogo

Elena Medel ha publicado poesía, ensayo y la novela *Las maravillas* (Anagrama, 2020), traducida a quince idiomas, Premio Francisco Umbral al Libro del Año y candidata al Dublin Literary Award 2023.

La colección **El origen del mundo** rastrea otras formas de pensar, sentir y representar la vida. Resignificamos el título del conocido cuadro de Courbet desde una mirada feminista e irónica, para ahondar en la relación entre ciencia, economía, cultura y territorio. Literatura que especula, ficciona y disecciona realidades. Sumergidas en la turbulencia, amplificamos ideas contagiosas y activamos teorías del comienzo.

Grupo asesor

Esta colección se gestó inesperadamente en una comida de cumpleaños de una amiga, a partir de la insistencia por traducir y publicar otras voces. Fieles a este espíritu original, conformamos un grupo asesor en contenidos. No un reducido comité de expertos, sino una muestra de la comunidad amplia y diversa a la que apelamos. Conformamos así una sociedad no secreta con la que compartir conocimientos, a la que escuchamos propuestas. Algunas se publican en esta colección o saltan a otra, algunas se quedan en la recámara, otras no serán. Queremos visibilizar este apoyo y asesoramiento generoso y muchas veces informal, que muchas de vosotras nos vais proporcionando. Entre otras inspiraciones, en 2025 este grupo flexible que nos ha propuesto contenidos ha estado principalmente compuesto por:

Ixiar Rozas, Maielis González, Leire Milikua, Helen Torres, Maria Ptqk, Blanca de la Torre, Teresa López-Pellisa, Elisa McCausland, Rosa Casado, *Pikara Magazine*, Arantxa Mendiharat, Arrate Hidalgo, María Navarro, Remedios Vincent, Daniel García Andújar, Verónica Gerber Bicecci, Iván de la Nuez, Alicia Kopf, Maria Colera, Cabello/Carceller, Cristina Ramos González, Rosa Llop, Claudio Iglesias, Constantino Bértolo, Tamara Tenenbaum, Tania Pleitez, Marta Rebón, Rakel Esparza, Lilian Fernández Hall, Mariano Villarreal, Jorge Carrión, Beñat Sarasola, Katixa Agirre, Goizalde Landabaso, Uxue Alberdi, Carlos Almela, Txani Rodríguez, Mónica Nepote, Laura Casielles, Itzea Goikolea Amiano, Ana González Navarro, Mercedes Melchor, Luz Gómez, Georgina Monge López, Leire Bilbao, Elena Medel, Elisabeth Massana...

Este título ha sido sugerido por la escritora Elena Medel.

www. consonni.org

Producimos y editamos cultura crítica

El origen del mundo

Suite Tokio se terminó de imprimir por Cosmos Gráfico, en Cambre, Galiza, el 28 de julio de 2025, en el aniversario del nacimiento de la pintora neerlandesa Judith Leyster (1609), una de las pocas mujeres del Siglo de Oro que firmó sus cuadros con nombre propio; del filósofo alemán Ludwig Feuerbach (1804), pensador materialista que desmontó las bases religiosas del idealismo y anticipó las tesis marxistas; de la mezzosoprano italiana Giuditta Grisi (1805), estrella del bel canto que estrenó papeles para Bellini y Donizetti; de la escritora británica Beatrix Potter (1866), pionera de la literatura infantil e ilustradora autodidacta, creadora de Peter Rabbit; del artista y teórico uruguayo Joaquín Torres García (1874), creador del Universalismo Constructivo, un lenguaje plástico desde el sur; del artista francés Marcel Duchamp (1887), figura clave del arte contemporáneo, iconoclasta del dadaísmo y el concepto de autoría artística; de la escritora argentina Silvina Ocampo (1903), maestra de lo perturbador y lo fantástico, ganadora del Premio Nacional de Literatura y del Premio Konex de Honor; de la poeta española Gloria Fuertes (1917), cuya voz feminista, tierna y rebelde marcó generaciones; de la escultora mexicana Helen Escobedo (1934), figura clave del arte conceptual y del land art latinoamericano; de la socióloga brasileña Matilde Ribeiro (1960), activista afrodescendiente y defensora de las políticas públicas de igualdad racial; de la bailaora sevillana María Pagés (1963), renovadora del flamenco desde el cuerpo y la palabra; y de la cantante brasileña Daniela Mercury (1965), voz poderosa del axé y referente feminista y LGTBQ+ en América Latina. Por mencionar tan solo a algunas de las muchas activadoras de comienzos.

Suite Tokio es una novela vertiginosa y provocadora sobre maternidad, clase y deseo. Un día cualquiera, Maju, la niñera, cruza una plaza de un barrio acomodado de São Paulo de la mano de Cora, la niña que cuida. Esquiva al «ejército blanco» de otras cuidadoras uniformadas, toma un autobús… y desaparece.

Cora tiene cuatro años. Su madre, Fernanda, es una productora de cine en crisis: su matrimonio se desmorona, su relación con su hija es distante y se refugia en una aventura con una documentalista excéntrica. Mientras todo se descompone, apenas nota la ausencia de su hija. Maju avanza por la ciudad con Cora, entre moteles desvencijados, paradas improbables y decisiones impulsivas, mientras una creciente sensación de urgencia y desamparo la acompaña. El secuestro pone al descubierto los afectos, contradicciones y heridas de sus protagonistas, revelando las tensiones entre cuidado, desigualdad y deseo.

Finalista del Premio São Paulo de Literatura y del 63º Premio Jabuti, *Suite Tokio* confirma a Giovana Madalosso como una de las voces más singulares de la literatura brasileña contemporánea, además de ser una destacada activista por la visibilidad de las escritoras.

«Pocos libros me han obsesionado tanto como *Suite Tokio*. [...] Ojalá te impresione y te acompañe tanto como a mí esta historia». **— Elena Medel**

«Con una prosa descarnada y magnética, *Suite Tokio* hilvana apegos y desapegos, necesidades y deseos, decisiones y errores, y lo hace sin concesiones ni complacencia. El eco de las voces de Maju y Fernanda resuenan tiempo después de terminar la lectura». **—Sara Morante**

«Leer *Suite Tokio* calmó mi necesidad de historias sobre la lucha de clases». **—Alexandra Jacobs, *The New York Times Book Review***

«La escritura de Giovana Madalosso es fluida, creativa, elegante y poderosa». ***—Mãe Literatura***

IMAGEN DE CUBIERTA
Sara Morante

9 788419 490483

consonni

Producimos y editamos cultura crítica
www.consonni.org